EL FINAL DE LA ERA FRAGA.

Jordi Solé Tura

Uno de los resultados de las próximas elecciones generales será el final de la era Fraga Iribarne y el comienzo de una nueva fase de reorganización de la derecha española. No sé lo que durará esta nueva fase ni qué características tendrá, pero lo que parece evidente, es que en un plazo previsible no se va a romper la actual orientación bipartidista de la política española.

En los comienzos de la transición a la democracia pareció que podía ser posible la estabilización de un pluripartidismo a la italiana, aunque las distancias entre la España de la transición y la Italia de entonces fuesen muy grandes. Pero esta posibilidad desapareció cuando se hundió la UCD y cuando los comunistas empezaron a dividirse. Las elecciones generales de octubre de 1982 fueron como el certificado de defunción de aquel pluripartidismo imperfecto y la consagración del bipartidismo . Nada parece indicar que esto vaya a cambiar a corto plazo y por consiguiente la vida política española sólo puede enfocarse con perspectivas de futuro si se parte de este hecho. Tenemos y vamos a tener dos polos esenciales: una izquierda que tiene y tendrá como eje principal a los socialistas y una derecha hoy articulada en torno al fraguismo pero que se apresta a cambiar muy pronto.

La derecha española jugó durante tantos años la carta del franquismo que ni siquiera pudo adaptarse al reformismo de la UCD. En los comienzos de la transición resultaba increíble oir a importantes exponentes de la gran patronal echando pestes de Adolfo Suárez y la UCD porque eran demasiado reformistas. En realidad, la UCD sólo pudo encabezar la reforma inicial porque contó con el consenso de las demás fuerzas políticas. Pero una vez roto aquel consenso, la UCD se encontró literalmente descolgada, sin apoyo en la derecha económica y social y librada a sus propias tensiones internas. La derecha española no movió un dedo para salvar a la UCD y encontró en Fraga un líder que le recordaba las viejas seguridades del franquismo. En realidad, el

auge de Fraga Iribarne como líder de la derecha española ha sido como el último estertor del franquismo político, es decir, la prolongación de una forma de ver y entender la política por parte de una derecha que no acababa de comprender que el franquismo había terminado y que creía todavía posible compaginar el estilo franquista de hacer política con el sistema constitucional.

Esto se va a acabar ahora. La derecha todavía jugará la carta Fraga Iribarne en las próximas elecciones, porque no ha sabido encontrar otro líder y otra forma de hacer política. Pero la derecha volverá a perder y lo primero que hará es librarse del propio Fraga y empezar a buscar un sustituto o unos sustitutos que, al margen ya del pasado franquista, puedan aglutinar una mayoría de derecha y de centro, capaz de derrotar a los socialistas en un plazo no demasiado largo.

En realidad, para la derecha las próximas elecciones serán una especie de examen de posibles formaciones políticas y de posibles líderes. Si el Partido Reformista de Miguel Roca, por ejemplo, obtiene una resultado pasable, encontrará enseguida apoyos financieros y políticos para participar de lleno en la operación de remodelación general de la derecha. Parece razonable pensar que esta remodelación se hará a partir del propio Partido Reformista, el PDP de Oscar Alzaga, los liberales y un importante sector de la actual Alianza Popular -- pues otro sector se irá, cuando se acabe el liderazgo de Fraga, hacia la derecha extrema --.

Hoy por hoy es imposible predecir qué formas tomará esta reorganización de la derecha ni quién o quiénes serán sus líderes. Su principal problema será intentar conciliar el fondo ultra y montaraz de grandes sectores de esta derecha con una imagen y una plataforma europeísta y reformista, es decir, transformar en derecha constitucional una derecha que en buena parte sigue pensando todavía en términos de "rojo-separatismo". Tampoco será nada fácil resolver el problema del líder o de los líderes, pues hoy por hoy no se ve en el horizonte quién o quiénes lo pueden llegar a ser ni cómo van a superar sus límites y sus condicionamientos actuales. Pero por muchos que sean los problemas y las incógnitas

con que va a chocar esta reorganización de la derecha, no me cabe ninguna duda de que ésta va a ser una de las grandes líneas de acción en la política española de los próximos cuatro años.

A este respecto muchos comentaristas hablan de Cataluña como si fuese el gran laboratorio de ensayo de esta nueva derecha española. Es cierto que aquí ya tenemos una derecha con las características apuntadas, pero me parece que se equivocan los que creen que el carácter y el estilo de Convergència i Unió se pueden extrapolar al resto de España. El límite de la derecha catalana es que sólo puede tener perspectivas en Cataluña porque su nacionalismo le impide tener un proyecto de alcance español. Y ese estilo, esa forma de hacer política se diluyen forzosamente fuera del contexto catalán. [illegible].

En todo caso, mi intención al escribir este artículo no es aconsejar a la derecha sobre lo que tiene que hacer en el futuro. Es su problema. Mi intención es, por el contrario, demostrar que aunque hoy por hoy la hegemonia de los socialistas no parece correr peligro en los próximos años, en este mismo próximo futuro el adversario de la izquierda va a cambiar sin que se modifique la tendencia bipartidista de la política española. O, para decirlo de otra manera, que si el polo político de la derecha va a cambiar el polo político de la izquierda hará bien en empezar a pensar en el futuro, pues no será lo mismo enfrentarse a un adversario como el actual que a otro diferente. Y esto vale para todos los grupos políticos que se consideran de izquierda.

"El Periódico", 4. may 1986